

nuevo, lo que siempre ha estado allí, el primer arado, el *dong* de nariz luminosa, la filosofía, el jardín perdido.

Qué bueno, y esto es un agradecimiento a tanta plegaria, qué bueno, digo, que existan personas como Cristóbal Zapata que, en medio de estas autopistas finisemanales y entre tantas contabilidades automáticas, nos cuenten sus añoranzas del paraíso perdido y sus intimaciones de libertad contradictoria, los variegados números de la poesía.

CARLOS VÁSQUEZ
CUENCA, JUEVES 11
DE FEBRERO DE 2010

CAROLINA ANDRADE
Fragiles,

Guayaquil, b@ezeditor.es,
2009, 123 pp.

El narrador de la novela de Carolina Andrade está a la altura de este texto, casi es obligado a hacerlo por la vitalidad de los personajes que la autora ha estructurado y el peso de las historias que se narran, pero más allá de esas historias contadas, es la naturaleza de ellas, la fuerza de *Fragiles* y la consistente coherencia de su narrador.

Son dos personajes, un hombre y una mujer: Cecilia y Bruno, que se encuentran coincidentalmente, ya se habían conocido antes, pero todo estaba dado para que ocurriera el reencuentro. ¿Quién lo conocía? ¿A quién se le había encomendado tal hazaña? A él, al narrador. Él tuvo que dar con la mejor forma para que dos estructuras coincidieran, y se juntaran así dos lógicas. Y, esa es toda una aventura, una deliciosa, vítrea y fuerte aventura.

Resulta que aquello no tenía que haber sido difícil, pero son lugares distintos desde donde se nos cuenta, explicaciones distintas las que se ofrecen. Cecilia y Bruno, son historias que se tocan, pero los caminos no son los mismos. Ese recorrido es el que se debe exponer en este comentario.

Arrancó con un ábaco y una caja de crayolas, quizás es más certero decir... con un punto y una recta buscándose; euclidiana en sus inicios, progresivamente, se fue complejizando la historia de Bruno y Cecilia, hasta alcanzar las más refinadas estrategias en la "Teoría del juego". Pasó por la Teoría de Gödel,

el rigor de las matemáticas por excelencia, para quedar demostrado, sin lugar a dudas, que las matemáticas mismas son incompletas ¿Historia de grafos? Visualmente muy sencilla, efectivas relaciones entre elementos de diversa índole.

Pero también estaba señalado desde el principio que... y eso se lo había confirmado la banda de Moebius que, a pesar de caminar en distintas direcciones, se reencontrarían, “pero un encuentro no garantiza ocupar el mismo lugar”.

Finalmente, “Fractales”. ¡Tanta historia!; se escondía más para Bruno la otra frontera, allí donde nunca antes él había dirigido la mirada.

A grandes rasgos, esto es *Frágiles*. ¿Por dónde comenzar?

EL PESO DE LA REALIDAD... SIEMPRE LAS HISTORIAS

Cuando reflexiono con mis estudiantes sobre el peso de la realidad en el mundo imaginario creado por el lenguaje literario, es decir, el texto literario, siempre, siempre, terminamos concluyendo que hay vínculos, vínculos profundos, pues la ficción literaria no se puede desprender de la realidad empírica, nace de ella.

Esa relación no es de verificación, no es de correspondencia, sino de coherencia. En *Frágiles*, las historias de Cecilia y Bruno requisadas por el narrador y por urgencias justificadas de la protagonista, quedan registradas en el texto a partir de hechos realmente acontecidos. Cecilia escarba en su infancia del colegio salesiano, la entrada a la escuela, y la encuentra cuando los estu-

diantes parisinos exigen que la imaginación llegue al poder, el hombre caminará en la luna el siguiente año y “en este país, un presidente interino está a punto de concluir su gestión y dar paso a elecciones bárbaramente libres, a la quinta presidencia de Velasco Ibarra”.

El peso de la realidad en la novela *Frágiles* también se trabaja desde las propias apreciaciones y percepciones de los protagonistas, del narrador y sus entornos: “Somos hijos de Bello, Reyes, Montalvo y Sarmiento, viviendo la posmodernidad —dice la protagonista—. Somos la hojarasca de Latinoamérica [...] el viento nos arremolina, nos irrespeta”. El lenguaje literario que arma un texto literario “es semánticamente autónomo... porque tiene poder suficiente para organizar y estructurar [...] mundos expresivos enteros” (Manuel Aguiar E. Silva, 1972).

En este orden, cito a *Frágiles*, nuevamente: “El Dr. Kusten se instaló en Guayaquil en medio de una terrible crisis financiera. A tiempo para ver cómo el país entero enterraba su moneda —el sucre— y se asía al dólar como boya de salvación. Tras unos pocos días de feriado bancario la clase media vio sus ahorros pulverizados y se enteró de que su situación ya no era de clase media”. Toda esta información y valoración del narrador, cobran vida en *Frágiles*, todo esto es verdad en la ficción del lenguaje literario, únicamente en relación con la propia narración, “no en relación con la persona física y social del autor”.

Estas son las prerrogativas de la literatura. La propia situación comunicativa de esos mundos y personajes de papel no está determinada por la realidad real.

EL PODER DE LAS IMÁGENES

Estructuralmente, el texto, como se ha expresado antes, descansa en un narrador vigoroso que cuenta historias muy bien armadas, pero falta mencionar otro elemento estructural de la novela *Frágiles*: las imágenes. Carolina Andrade, estudiosa de la semiótica de la imagen, ha logrado transferir la fuerza estratégica de esta al texto, para, en una operación semiótica, hacer literaria.

La imagen tiene en sí misma un poder mágico y abrumador, a veces es difícil explicarlo. Amenaza, consuela, da alivio y esperanzas, denuncia, representa, manipula. La vida se interpreta en imágenes, la cultura depende de imágenes, ellas nos estructuran.

En el *Frágiles* se ha trabajado primero desde meras percepciones sensoriales y luego, en grandes porciones narrativas se consolidan las imágenes, estáticas y en movimiento, visuales, auditivas, olfativas, táctiles. En el encuentro amoroso de Cecilia y Bruno, adultos en New York, las imágenes en una amplia escena narrativa van a ilustrar el ritual amoroso que conservando su primaria fuerza se sacraliza en una visita al infinito.

Las sensaciones esquizoides de Cecilia, la protagonista, son posibles de entender si se asume que una imagen vale más junto a mil palabras:

A pocos metros de la agencia, de lunes a viernes se ubica una camioneta destartalada repleta de frutas: mangos, mameyes, piñas, papayas, zapotes. El conjunto tiene unos colores magníficos que te obligan a percibir un mosaico de carnaval enclavado en tu campo visual.

Además, el olor. Supongo que mi sol ecuatorial favorece que las frutas emitan un empalagoso olor, almibaradísimo. Un olor que casi lo puedes tocar. ¿Entiendes? Todos los días, de lunes a viernes cada vez que salgo de la agencia. Además, un par de hombres ofertan esa mercancía a través de un megáfono con un tono, un ritmo, un humor, una cadencia casi bailable. Todos los días, de lunes a viernes. Son mis sentidos los que se sienten de luto en Nueva York. Una carretilla de *pretzel* no huele igual.

En ciertas ocasiones, se transpone un sentido a otro, el olor es tan fuerte que se puede tocar. Los colores se activan y se siente su velocidad. Pero lo decisivo ha sido que ellas, las imágenes en *Frágiles* operan como estrategias retóricas, persuadiendo afectivamente al lector de forma muy efectiva. Es un permanente tender a persuadir y mover.

Desde esa persuasión afectiva que ejercen las imágenes de *Frágiles* como estrategias retóricas, se va a dar la respuesta del lector, responde a los estímulos que el texto ofrece y, como consecuencia, se va a dar la valoración del texto mismo.

LA NOSTALGIA DE PUENTES... SIEMPRE LAS HISTORIAS

Para las historias de Cecilia y Bruno siempre fue necesario tender puentes. El narrador lo hace, no olvidar que a él, en este texto, se le confió el encuentro de esas historias y, para Cecilia, la protagonista, fue una obsesión. Era un asunto de sobrevivencia: "Ella había encontrado la fórmula de cubrir

lo que los separaba, iba y venía y, para lograrlo, se desintegraba, se adaptaba, se reconstruía, se reinventaba: sin embargo, intuitivamente sabía que aquello no podía ser permanente, necesito puentes –exclamaba–”.

Culturalmente, el puente, se ha instalado como un símbolo de invitación a la vida. Quizás, en nuestros días ya apenas les prestamos atención, si no es por su monumentalidad, más altos, más largos, más suspendidos –qué sé yo–. Para Bruno, el asunto era otro: “Antes de emprender cualquier cálculo de ingeniería estructural, Bruno tenía que saber qué accidente era el que enfrentaba y cuáles eran las orillas que el dichoso puente debía unir”. A eso el narrador responde con rapidez: “El problema era que, a todas luces, el espacio por salvar no era geográfico, si así hubiera sido, los aviones habrían bastado. Se trataba de otro tipo de distancias. Los puntos a unir no eran New York y Guayaquil, los puntos a unir eran Cecilia y Bruno”. Prosigue el narrador en una casi reflexión consigo mismo: “Entonces, un puente. ¿Cómo diseñarlo?, ¿qué cálculos eran los apropiados?”.

Mi nostalgia de lectora se suma a la de la protagonista de *Frágiles*, que más allá de la monumentalidad de los puentes, de su eficiencia para soportar pesos, del equilibrio para determinar fuerzas, cree que unen orillas, incluso imprecisables. El problema fue siempre Bruno, que permanecía estático, solo en el lugar que él podía entender.

EL FINAL... LOS CUERPOS

VÍTREOS, METÁFORAS DE LA FUERZA

Todos los epígrafes que cruzan *Frágiles*, desde el inicio hasta el final, y que dan cuenta, aparentemente, de las propiedades del vidrio: 1. amorfo, estructuralmente no es ni sólido ni líquido, 2. unidades moleculares dispuestas en forma desordenada pero con cohesión y rigidez, 3. rompimiento con fracturas concoideas (conchas de mar), se recogen en el último de ellos: “El vidrio es un material totalmente reciclable y no hay límites en la cantidad de veces que puede ser reprocesado”. Junto a la belleza del vidrio esa es su fuerza y su valor.

Ya no está Bruno, y Cecilia, mirando a su nieta, lo interroga: “¿Ves Bruno? Permanecemos” y “eso es bueno”. Junto a ella, comenzamos a recoger los pedazos esparcidos que han quedado: la portada del texto, el pintor Esher: “La vida es eso, siempre es un volver a empezar”. La banda de Moebius: “a pesar de caminar en distintas direcciones, se reencontrarían”, pero un encuentro no garantiza ocupar el mismo lugar.

En este punto, es valiosísimo el comentario de la estudiosa literaria y coordinadora de grupos de lectura Pilar Calderón Smith:

La historia de *Frágiles* se corporeiza por la dureza y porosidad del material de las palabras, el vidrio/palabra circula por el discurso configurándose en cada episodio; me atrevo a sustituir el epígrafe final de la novela: “El lenguaje es un material totalmente reciclable y no hay límite en la cantidad de veces que puede ser reprocesado”. Es lo que voy leyendo en el discurso, la palabra que se solidifica, se

hace trizas, se resquebraja, se inmoviliza, se enfría, se junta en pedacitos vi-
driados para dar forma a la ilusión, amor,
esperanza.

Kurt Gödel, en 1931, demostró, dentro del ámbito de la ciencia, el cojito del siglo XX, la fórmula de lo autorreferencial y lo indecible, "siempre nos encontraremos inopinadamente de vuelta en el punto de partida [...] tarde o temprano, en un nuevo sistema, el perturbador incidente se reproduciría, así, indefinidamente". De hecho, por sorprendente que parezca, en 1801, los románticos formularon en la *Doctrina del Arte*, similar principio: "[...] la Literatura como el Arte expresan algo que no puede decirse de otra manera. El goce dura siempre sin cesar. Creemos siempre penetrar en ellas cada vez más profundamente y sin embargo despiertan nuevos sentidos". Es lo indecible.

En *Frágiles*, de Carolina Andrade, se recrea esa posibilidad de que la verdad en la literatura supera a la demostrabilidad. Está en otro orden, se encuentra en ese espacio donde estallan las múltiples significaciones y todo puede ser nuevamente reprocesado. ¡Qué fantástica es la literatura!

CECILIA LOOR DE TAMARIZ
UNIVERSIDAD CATÓLICA
SANTIAGO DE GUAYAQUIL
GUAYAQUIL, NOVIEMBRE 25 /09

Luis Carlos Mussó,
Evohé,
Guayaquil, Casa de
la Cultura Ecuatoriana,
Núcleo del Guayas, 2008

El grito de las ménades, personajes divinos que cantaban para Dionisos, es *evohé*. Dionisos era el dios del vino, de la euforia y del teatro. El personaje poemático que habla en los textos de Luis Carlos Mussó, cierra el poemario con el silencio que sobreviene después de la embriaguez, alusión al dios griego mencionado.

Es difícil compaginar la doctrina hegeliana que define la poesía lírica como: la expresión de los sentimientos del poeta, con la obra de Mussó. El poeta guayaquileño construye un personaje poemático que acude a los referentes de la cultura griega para expresar sus sentimientos. El personaje poemático adopta una actitud griega y la asume como experiencias vividas. Los textos recobran autenticidad debido a otro factor, al que subyace en el conjunto de poemas y que es el mundo vivido por Mussó.

Sabemos que el personaje poemático que habla en los poemas nunca es exactamente el autor. Es un pronombre, una forma gramatical solo válida en el texto, puesto que el autor y sus vivencias se desvanecen en el tiempo, en tanto que la siempre posterior creación del poema se mantiene en las páginas del libro, y es el resultado de manipular la lengua. Los pronombres en los poemas son representaciones que ayudan a comunicar invenciones diseñadas y que se reproducen en la imaginación de los lectores. Según Carlos